

La Esfera

18 Agosto 1917

Año IV.—Núm. 190

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO, cuadro de Ramón Casas

DE LA VIDA QUE PASA  VERBENAS

SE inician con la de San Antonio, siguen con la de San Juan, la de la Virgen, la de Santiago, y en las noches ardientes de Julio y de Agosto, la muchedumbre jaranera baja por la Cuesta de San Vicente, ó sube la calle de Alcalá arriba, arriba, hasta las Ventas del Espíritu Santo, ó rueda, desequilibrada y miserable, á lo largo de la calle de Toledo, abajo, abajo...

¡Las verbenas! Todo lo que esto habla muy en voz baja al Madrid majo de las chulaperías y el postín. Todo lo que ellas dicen también á las mocitas de trapío y á las que, exangües de pedalear la *Singer* ó teclear la *Yost*, buscan en el tumulto de una noche noelesca un aturdimiento banal de sus congojas.

Madrid tiene, en el vaho gris-humo de su vida estival, el agujero fosforescente de las noches de verbenas. Noches de histeria y de fiebres colectivas; noches estriadas de fuegos artificiales y de mantones de Manila; noches fantásticas en que las parejas peatonas y las *manuelas* floridas van bordando por las calles una fragante y vocinglera teoría de deseos.

Yo he visto á aquella gente enronquecer de entusiasmo, hincharse de alegría de vivir. La he visto con las bocas llenas de carcajadas y de palabras claras. Y ya, en los merenderos, es el son romántico de los organillos, bajo el fondo bermejo de una luz epiléptica. Es el baile castizo.

En el fondo de esa música popular se azora la gran melancolía de los aires españoles, estos aires suaves y tristes, en el que llora aún el misterio musulmán. Ya es el chotis, ya el vals, ya la mazurca respunteada ó la habanera ondulante. Todo se reduce al *agarrao*. En este baile está concretada la chulapería de la raza.

Entre las parejas, siempre hay unas cuantas que se destacan. Son las de los mozos *chipén*. El toca ancho sombrero cordobés, americana ceñida y pantalones botineros; ella cruza floreado mantón de Manila, falda volada y zapatitos de color, con altos tacones luisquinescos. Abriéndose paso entre la multitud, van marcando el paso y haciendo primores con los tiempos del baile. El, muy serio y masculino; ella, desafiante y serena, el rojo labio apenas fruncido por un mohín de soberanía. Los ojos se inmovilizan en una mirada de tragedia y agorería, mirando como sólo saben mirar estos extraños ojos españoles, llenos de lubricidad y maleficio.

Son las dos de la madrugada. Algunas virgencitas se han rendido á sus hogares en compañía de sus novios y de sus madres. Vuelven á casa, donde las espera de nuevo la desesperación de la vida del taller. En el trayecto van con los ojos perdidos en la emboscada del porvenir, apenas si escuchando las ternezas del galán, que le sopla al oído todas esas pobres cosas vulgares de los novios. Ellas van tristes, aburridas, ferozmente aburridas de sus pretendentuelos, de sus mamás, de todo lo que les huele á su casa; van hilando mil y mil cosas fantásticas y aventureras y las más absurdas emancipaciones. Es que han visto la vida; acaban de observarla por un agujerito de la felicidad. Y han visto que vivir no es lo que ellas hacen toda la vida, en la gran tristeza cotidiana. Allí, en los merenderos, han dejado una esperanza, acaso un ensueño. En las verbenas han visto que la Humanidad tiene un más amplio horizonte en donde ensayar los medios de alegría. Y las pobres chicas honradas, casi con lágrimas, llenas de opresión y un sudor de hielo en las manos lacias, suben nuevamente el camino que antes bajaron; entran silenciosas en sus tugurios; déjense caer delante de la *Singer*, sollozan y, luego, vestidas, boca abajo, dicen á la almohada, en el más doloroso de los insomnios, todo lo que sufren y todo lo que sueñan.

A esa hora, la verbenas sigue su hirviente locura. Los que han quedado son los emancipados, los que tienen hambre y sed de alegrías. De los cuartos reservados comienzan á salir gangosidades



de guitarra, mezcladas con gritos rotos de alcohol. El cante *jondo* atrae curiosos, y, poco á poco, se establece como una comunidad. Las mozas, perdido el recato que les infunde la presencia de las virgencitas, sueltan el pregón de sus incitaciones, y la chulapería de los señoritos juerguistas contiene con ellas en el decir y en el hacer.

El alcohol se ha encaramado á los cerebros, como un gato asustado, y en la atmósfera estalla el delirio de las pasiones malas. Entonces todo se electriza, y los bajos fondos asoman sus perfiles grotescos.

Una bronca...

La primera de la noche. Las miradas relucen, los puños se cierran. Y hay tremendos silencios; treguas de terrible calma, en las que se presiente el paso del crimen pasional, el paso de la muerte...

Cuando principia á cargarse el ambiente con augurios de tragedia, la gente comienza á desbandarse.

Nuevamente por el sendero vuelve el resto de los que se quedaron divirtiéndose. Las calles vuelven entonces á animarse con cierta lúgubre animación.

El vicio traza en la madrugada sus cintas de hollín, y el sol, que apunta, sonríe una luz amarilla, de podredumbre. Algunas mujeres se quedan solas en el merendero, medio tumbadas, deshechas, embrutecidas por el vino. Se miran las puntas de los zapatitos de color y se cuentan los flecos del mantón. Son las que han sufrido el primer fracaso, son las vidas alegres que han recibido un aviso del Dolor; son las primeras iniciaciones en la burlesca mascarada de la vida. Yacen como muertas sobre sillas y mesas. Unos cuantos chulos del hampa, agoreros, las rondan como buitres...

En tanto, las pobres virgencitas, allá en sus tugurios, sueñan que la vida les sonríe...

M. A. BEDOYA

DIBUJO DE MARÍN

UNA NUEVA OBRA DE INURRIA



ESTATUA DE D. ANTONIO BARROSO, QUE CORONA EL MONUMENTO DEL ILUSTRE PATRICIO, PRÓXIMO A ERIGIRSE EN CÓRDOBA

FOT. ADRIÁN SERRANO

De nuevo el acento grave y reposado de Mateo Inurria se alza en este armónico concierto de la moderna escultura española. Habla, como siempre, en nombre de la belleza, con líneas sobrias, con masas tranquilas, con ritmos equilibrados.

En el innegable refloramiento de nuestra estatuaria, que se debe a los jóvenes, Inurria es uno de los iniciadores al renovarse como un héroe d'annunziano. Ha consagrado su vida a su arte y la desligó voluntariamente del personal medro, de los acomodaticios triunfos, de los halagos fructíferos a la vulgaridad ambiente. De este modo se conserva puro e íntegro en sí mismo y van surgiendo las obras dotadas de ecuanimidad y de eurtimia. Recientemente hemos visto en su estudio la estatua del monumento a Barroso que habrá de erigirse en Córdoba y que ya, al reproducirse el boceto total, diputamos de genial concepción y de resultado feliz.

Desligada ahora del conjunto, destacada ya en sus proporciones definitivas y resuelto el carácter de la cabeza y la amplitud majestuosa de los paños, la estatua del notable político cautiva la mirada con esa grave dulzura de las obras perdurables.

Puede seguirse en esta nueva obra del maestro la clara, expresiva y notable técnica inurriana. Sabiamente simplifica y estiliza Mateo Inurria hasta lograr el reposo de ritmos y planos que constituye la condición primordial de la estatuaria.

Culmina en la cabeza la línea total de la figura, y en la cabeza también se detuvo más el artista, tratando de modo más concreto los rasgos y dejando de un modo amplio y abocetado el cuerpo para que atrajera ella el interés de las miradas.

Orgullo de Córdoba será este monumento, como habrá de serlo el otro del Gran Capitán, obra también de Mateo Inurria y que tarda en inaugurarse más de lo que debiera.

LA ESFERA

PAISAJES ESPAÑOLES



PASEO DE CIPRESES DE "LA PAZ", EN PUERTO DE LA CRUZ (TENERIFE)

Acuarela original de F. Bonnin

RUEDA LA BOLA...



NADA hay tan revelador de un temperamento impresionable, inseguro, nervioso, como la pasión del juego. Acaso por eso mismo se da una importancia enorme al cuidado de la corrección personal en torno al tapete verde. No mostrarse contrariado en las ráfagas desdichadas, ni excesivamente satisfecho en los afortunados instantes, significa la suprema aristocracia espiritual.

No cabe duda de que algunos, muchos, jugadores consiguen mantenerse en un equilibrio que ya toca en el sonambulismo y en el éxtasis. ¿Alcanzaron tal vez el redimirse de aquello que es característico, más aún, esencial, en el vértigo de la ruleta? ¿No experimentan la voluptuosidad de la agonía y el renacer relampagueantes, única justificación que, para no abandonar el vicio mayor, hallan los fatigados de todos los

otros placeres? Imposible burlar las leyes satánicas, rígidas y seguras como las de la Naturaleza. Oculta su zozobra el *gentleman*, como la bailarina logra con sus brincos que la consideremos libre de la tiranía que llamamos fuerza de gravedad.

Pero mil pequeños detalles traicionan a la momia, al espectro. Fijaos en el habano que rueda incesantemente en la boca glotona de la facies impenetrable. La sonrisa con que se contesta a nuestra salutación, tiene demasiada amabilidad. La propina al camarero no guarda la medida con el servicio. Tiembla un poco la diestra que extrae los billetes de la cartera, la mano convertida en garra...

Se me dirá que existen gentes que ni siquiera incurren en tales mínimas flaquezas. De acuerdo. Los privilegiados no dejan por eso de señalar con una huella inconfundible el paso de la

tortura, que llega a la ferocidad.

El cronista asiste a diario a un club donde la bola no descansa hasta la madrugada. Comienza la partida a las tres de la tarde. Un día anduvimos por la sala antes de que principiara el aquelarre de siempre. Y he aquí que se nos ocurre escudriñar la mesa por debajo, y descubrimos, alrededor de las ampollas eléctricas que sirven para la busca de las fichas caídas, un laberinto de arañazos, profundos como el corte de la navaja estudiantil en los bancos del aula... Alguien había perdido en aquel tablero las uñas, en todos los sentidos de la frase...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE MARÍN

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



PUERTA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

FOT. GARCÍA



MÚSICAS DE OLVIDO

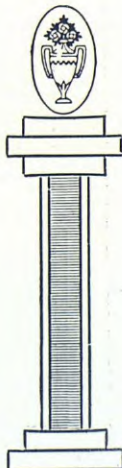
¡Nocturno azul y plata!... ¡Sobre el clave se esfuma el oro de la tarantela, y el alma, en nuestra voz, se atrevió, para hacer su capicía más suave!

¡El aire á besos y á ternuras sabe, y en el luar, que en el jardín vela, las pupilas del Angel que nos vela de luz enjogan el silencio grave!

La música se va... Tan sólo queda un perfume fugaz á carne y seda... ¡Quién sus encantos desnudó á la brisa!...

Ante tu albor, ni á respirar me atrevo, ¡y, gota á gota, hasta las heces, bebo todo el amor del mundo, en tu sonrisa!

DIBUJO DE OCHOA



¡Música de Chopin!... Tu triste encanto, que poco á poco el corazón nos hierve, ¡resucitar de su sepulcro quiere el viejo amor por quien sufrimos tanto!...

¡Gime la angustia; encrepase el espanto en una imploración de misereve, y de repente, tu tristeza muere como un suspiro estrangulado en llanto!

Todo en silencio yace... Hasta las rosas, en la blancura de las copas griegas, sus pétalos deshojan silenciosas...

¡Y á la angustia sin fin de la romanza, ponen su letra nuestras almas ciegas de llorar un amor sin esperanza!

Francisco DILLAESPESA

ARTE CATALAN
LOS RETRATOS DE CASAS

EN la obra tan vasta, tan sólidamente acusada, de Ramón Casas, ocupan la primacía los retratos. Y de éstos, los dibujados al carboncillo, con leves toques de color, respondiendo á esa tendencia monocroma que caracteriza el arte del ilustre pintor catalán.

No son, en efecto, sus cuadros, aun aquellos admirables de multitudes, como *Garrote vil*, *El molino de La Galette*, *Baile de tarde* y algún otro, los que mejor expresan la personalidad de Casas. No son tampoco los retratos al óleo, en cuya serie figuran bastantes notabilísimos, dentro de una atmósfera especial muy de Museo y muy de castizo españolismo. Inician ya la culminación del género sus carteles é ilustraciones editoriales, sus siluetas de mujeres andaluzas y parisinas y catalanas; pero, preferentemente, las primeras, con sus chinoscos pañolones y sus tocados floridos.

Y esta culminación se alcanza en los retratos dibujados. Aquí, el arte de Ramón Casas se originaliza, se genializa más bien. Las cualidades artísticas de estos retratos son una extraordinaria seguridad en el dibujo, el ahincamiento psicológico, la fuerza expresiva, la elocuencia definidora.

Poseen, además, un valor documental, toda vez que el artista se propuso fijar en sus cartones las figuras más salientes de España y parte de



AUTORRETRATO DE RAMÓN CASAS

las extranjeras, en un período de tiempo de diez años, desde 1896 á 1906.

Ha cumplido Casas un grato empeño de historiador gráfico de su época al retratar sus compañeros de generación. Cerca de mil retratos de este género lleva dibujados el maestro. De ellos se conservan más de doscientos en el Museo de Barcelona, cedidos generosamente por su autor y reproduciendo á los catalanes más ó menos ilustres de la década ya citada.

Elijamos, como ejemplo de esta fuerza expresiva y descriptiva de temperamento, carácter y aun profesión del retratado, unos cuantos de la serie catalana, ya que, lógicamente, es en ella donde más profundiza Ramón Casas, por el total conocimiento de sus modelos.

He aquí, primero, Mosén Cinto Verdaguer, el sacerdote poeta que tanto ha contribuido al modelamiento espiritual de Cataluña.

Aparece el glorioso autor de *L'Atlántida*, sentado en un viejo sillón, para dar motivo á un enérgico y sobrio dibujo de los hábitos. De la nota obscura—no de un negro absoluto, que Casas desdeña y que en este caso restaría importancia al rostro—de la sotana y del manteo surge la cabeza. Cabeza enérgica, típica, del payés catalán. Se adivina en ella que este sacerdote anduvo, antes de ingresar en el seminario,



ANGEL GUIMERA



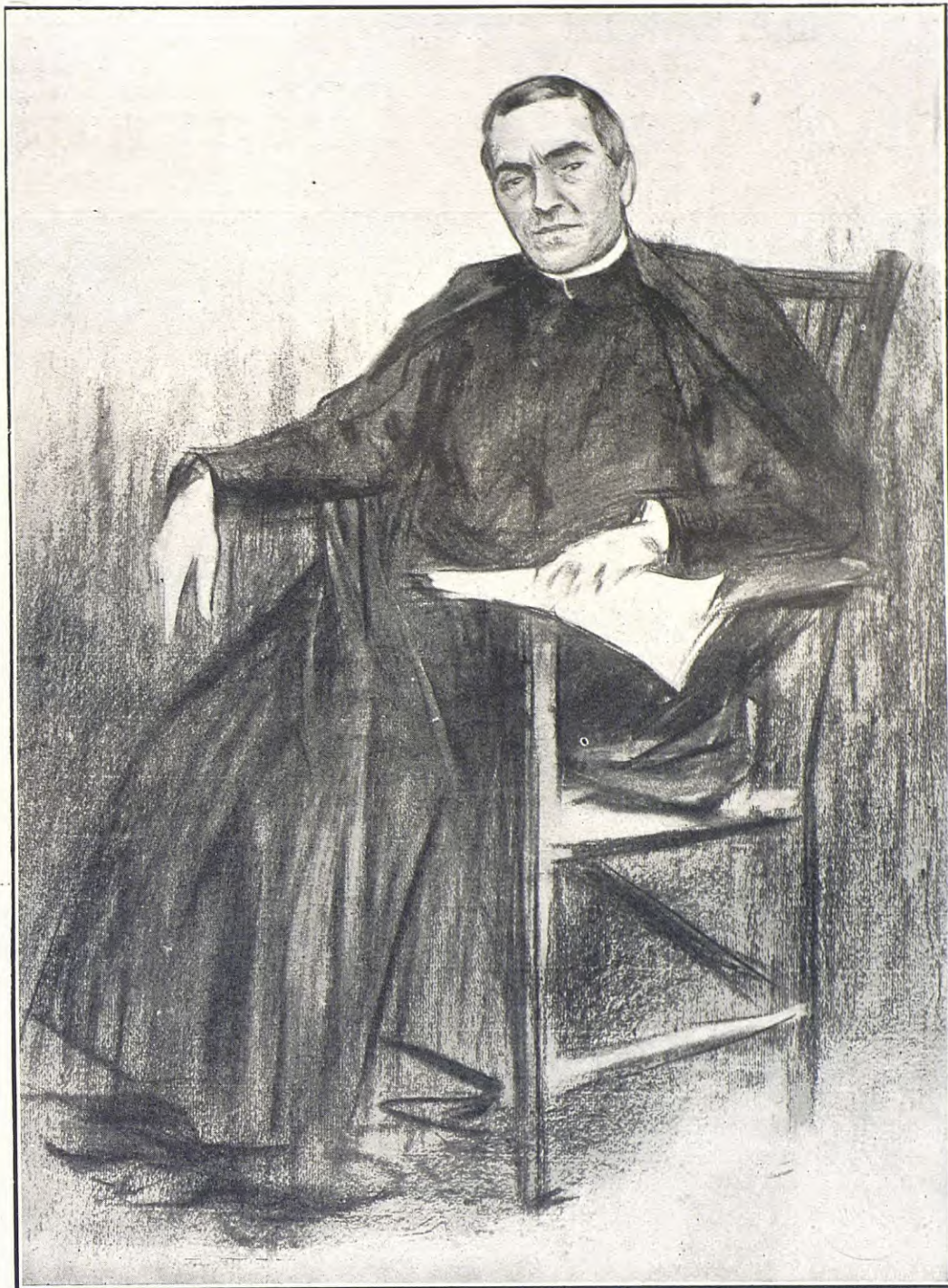
ENRIQUE BORRAS

por las breñas de la montaña catalana. Pero, al mismo tiempo, la expresión de los ojos, el dulce reposo de las facciones, un poco toscas, revelan cómo el alma ha realizado una labor lenta y permanente de ennoblecimiento, de ternura, de iluminado misticismo.

¡Qué contraste el de la dulce figura del sacerdote con esta de político sagaz, del Cambó astuto y hábil, en quien Cataluña tiene puestas ahora las esperanzas que en otro tiempo depositó en el doctor Robert y, más recientemente, en Prat de la Riba!

Y al lado de Cambó, esta dulce fisonomía de Federico Rahola, con su rostro moreno, sus barbas lacias y sus ojos, de una clara y cariciosa transparencia.

Juntos aparecen Enrique Borrás y Angel Guimerá. Son los autores de Manelich. El dramaturgo que lo concibió; el actor que mejor lo ha interpretado. Incluso el tiempo transcurrido, desde que Casas dibujó estos retratos hasta ahora, les da mayor carácter de permanencia en sus dos triunfos definitivos. Guimerá con las barbas todavía rubias, con la espalda sin senil curvatura, con el gesto huraño y altivo, estaba cerca de los triunfos de *Terra baixa*, de *Mar i cel*. Y Enrique Borrás, con el rostro terso, la mirada juvenil, era real-



MOSEN JACINTO VERDAGUER

mente como el Manelich que bajaba del monte á la tierra llana. Pensaba entonces, tal vez, en venir á Madrid, en cambiar la escena del Romea catalán por el de la Comedia madrileña.

También han pasado algunos años desde que Casas trazó este retrato de Joaquín Mir y, no obstante, imaginamos que es de hoy y será de mañana su actualismo. Porque así, con la melena indómita y las indómitas barbas y los ojos extáticos, imaginamos siempre al gran artista.

Por último, ved al propio Ramón Casas. Se ha retratado con el sombrero negro, la pipa de puro, que sustituye en él á la cachimba bohemia y las barbas. Antes de conocerle, nos lo habían prometido así las fotografías. Después ha seguido siempre lo mismo. Se adivina en él un ingenuo deseo de señalar de antemano su profesión, de convencer á la gente de que es un inadapitado y un rebelde de la burguesía, donde ha nacido. Y esto le da un cierto aire desdeñoso y fanfarrón, no exento de contagiosa simpatía por cómo es demasiado transparente y cándido.

Ramón Casas, que ha buceado en tantas psicologías á través de los rasgos fisonómicos y las actitudes de sus modelos, no ha retrocedido ante su propia psicología.

SILVIO LAGO



FEDERICO RAHOLA



JOAQUÍN MIR



FOTS. A. MÁS

FRANCISCO CAMBÓ

CUENTOS ESPAÑOLES

Concha, la de Maravillas



TODAS las tardes, hacia la misma hora, minuto más, minuto menos, Rodolfo, el dependiente de *La Góndola Veneciana*, se estremecía violentamente detrás del mostrador y se le saltaba, agilísimo, á la torera «mejor que el Gallo».

—Ahí va Concha, camino de su cárcel—murmuraba compungido y encandilado—. ¡Eso es una mujer! Hechuras, garbo, simpatía y ángel, con unos ojos que eclipsan al Sidol y unas mejillas que me sonrío yo de las rosas de la lejana Alejandría...

Los otros dos dependientes, como «heridos de un mismo pensamiento», según en el poema campoamorino se dice, corrían tras Rodolfo al umbral del establecimiento.

Y con mirada voraz, extáticos los tres, veían alejarse á la chamberilera gentil, camino del taller de sombreros, donde sus manos se mustiaban y su radiante juventud de menestrala gemfa.

—¡Qué garbo! Es una malva real.

—¡Vaya calor!—suspiraba otro de los dependientes, de estilo más realista—. Por un

hembra así me pegaba yo un tiro en la cabeza, aunque marrasen luego en la trepanación.

—¡Lástima que sea tan postinera!

—Di que sí. Vale mucho, pero presume de tacón y de palmito, que parece que no la pagan.

—Bueno; pues yo me la comía. Sin mondarla.

—Y yo escribía al señor juez del distrito suplicándole atentamente que me enterrasen con ella.

—Y yo me echaba á un camino, igual que un *Pernales* ó un *Vivillo*, para robar á medio mundo y regalarle el otro medio.

—¡Preciosa!

—¡Epitalámica!

—¡Princesa de Maravillaaaas...!—gritaba Rodolfo, siseando con el afán más amoroso que puede hervir en el pecho de un expendedor de mercería.

Concha, sin volver la cabeza, continuaba call: abajo, sonriendo imperceptiblemente. Bonita en verdad, primorosa de manos y rítmica de andares, la gracia la envolvía y la tentación sembraba de homenajes su camino. Adivinándola antes de ad-

mirarla otra vez, según bajaba por la acera de los impares, se asomaban: el dueño de la tienda de ultramarinos, para piroppearla verboso; después el zapatero, que también le decía «lo suyo»; luego el carbonero, de mirada otelesca y dentadura deslumbradora, cuyo requiebro «echaba chispas»; más lejos, el chico de la taberna, y el otro mozo de la otra tienda de comestibles, y el mancebo de la farmacia, y el jayán de la panadería, y el portero guardía, que retemblaba de avidez erótica dentro de su bien planchado y rutilante uniforme de rayadillo...

La calle, en suma, se alborotaba. Concha no era sólo la juventud, sino la madreleñería y aun el empaque altivo de la raza. Iba sola, con la nutrida pero invisible corte de sus hechicerías, y nadie osaba acercarse á ella. Así caminaba hasta la esquina, tras la cual el relámpago de su gentileza extinguíase bruscamente. Creyendo ver todavía un resplandor, los «mirones», los encalabrinados vecinos continuaban asomados á sus respectivos encierros. La adoración que por Concha sentían, en vez de separarles rencorosamente,

uniales con la fraternidad que establece el fracaso. Ninguno de ellos podía jactarse de haber logrado de la muchacha más que tal cual sonrisa cortés, inapelablemente glacial. Al verla desaparecer, todos formulaban el mismo comentario en una frase, no por vulgar menos desgarradora:

—¡Lástima que esa niña sea tan postinera!...

ooo

Concha iba sola, con la nutrida é invisible corte de sus hechicerías, y nadie osaba acercarse á ella.

En los días grises del invierno, su gentileza poblaba las calles de insinuaciones y estímulos vernaes. Llevaba, desafiando á la pulmonía, el cuello saludablemente descotado, y era su nuca, entre los ricillos, como un plenilunio en la desolación de la noche decembrina, cuando el huracán flagela y los transeuntes asaltan, cobardes, los tranvías ó corren, egoístamente, hacia el hogar hospitalario. Pero, al apuntar el advenimiento de las mañanas perfumadas y de los crepúsculos sonoros, en la dulce armonización de las campanas y de los vencejos, Concha, la buena moza de Maravillas, llegaba á la cumbre, toda triunfo, de su venustidad.

La falda corta; el mantoncillo leve, de flecos copiosos; la blusa transparente; las medias caladas; los chapines versallescos; la peina españolísima y el retículo boulevardero, ríndidamente sometidos á la belleza garrida y sin adobos de la chamberilera, hallaban una colaboración, que más parecía complicidad, en la tolvenera luminosa de la calle, en el azul anhelante de los cielos, en la polifonía exaltada de la ciudad, en el tumulto pueril de la verbena y en la amplitud, fastuosa y magnánima, de la más recatada avenida de los parques.

Flor y orgullo del barrio; inquietud espoleante de los hombres; desconfianza y aun sobresalto de muchas mujeres, Concha—dígame sin otros preámbulos—no tenía novio. No tenía novio. Allá en su pubertad, cuando, delgaducha y amarillenta y menudita, mostraba un gesto y un empaque, al parecer irremediables, «de aprendiz», la pretendió un mozo, de los de oficio. Concha, al poco tiempo, renunció, por razonamiento lo que aceptara por vanidad. No le «tiraban» los obreros, aunque tuviesen muy buenas manos para ganarse un jornal decoroso. Ella soñaba con un empleado, con un chico de «buena familia», limpio, educado, que la redimiera de la aguja, del instinto y de la plebeyez. No pensaba en ningún estudiante, porque, aunque por referencias, le constaba la volubilidad, la trapacería y aun la poca conciencia de los héroes de la calle Ancha ó de la de Atocha. Ella, en el fondo, era una burguesita, como otros que alardean de exquisi-

tos son, al retirarse á su casa, unos pobres diablos.

Pero el tiempo fué transcurriendo, voluptuoso y remolón al principio, apremiante y sin comedimiento después. Concha, espléndida, arrogante y bien plantada, empezó á inquietarse. Iba camino de los veintiséis años y ningún hombre la cortejaba con los honestos fines apetecidos. El piropeo volandero, la mirada codiciosa, y se acabó. Tan digna, tan grave, parecía excesivamente imbuída de su hermosura, y los hombres, aun anhelándola, no se resolvían á declararse á la moza. «Debe tener novio—pensaban—, y los moscones á miles». Y sin más reflexiones, acobardados por esta convicción, que las acabadas perfecciones de Concha corroboraban, su pensamiento requería á otras mujeres, menos llamativas, menos orgullosas también. Porque lo que en la chamberilera, recelosa de las villanías de los hombres—harto comentadas en el obrador—, era dignidad y apercibimiento, tomábase por orgullo. El barrio entero la condenaba, amándola. La vanidad de la hermosa viene á prevenir tanto como el gusano en el fruto. Concha, enemiga, sin embargo, de la charla fácil y equívoca y de la familiaridad atolondrada que simula otro linaje de sentimientos, rebelde á demostrar, en modo alguno, como tantas compañeras suyas, cierta evidente y desmedida hambre de novio, encastillábase en su decoro sexual. Eso sí; muchas noches volvía á casa—donde la «abuela» estaba aguardándola con la cena guisada á mediodía—de un humor de mii-

demonios. ¡La Patro, picada de viruelas, ordinaria y sucia (hasta la pared de enfrente), se tomaba los dichos para Septiembre! Pues, ¿y la Trini, cabeza de chorlito, montón de carne rubia, con la vergüenza deteriorada? Otro novio acababa de «salirle», desprendido y más tonto que el cerato simple. ¡Había que ver!... Concha cenaba taciturna, sin declarar sus congojas á la madre. En lo hondo de su pecho le abrasaba una verdad irrefragable: «La suerte de la fea...»

ooo

Mueve blandamente el airecillo las cadenas, guirnalda y faroles de la «kermesse». Concha, junto al hombre que la repite las empalagosas galanterías de costumbre, bebe, gota á gota, la copa infinita de la noche de Agosto.

El galán habla con viveza más carnal que sentimental. Sus ojos llamean. Su voz enronquece. Concha le mira llena de compasión, de tristeza y de ira. Creyó que aquel hombre era, «por fin», el que aguarda, y esta noche, de frivolidad y de holgorio, está convenciéndose de que se ha equivocado otra vez.

Suena un golpe bronco. La banda va á empezar. Promuévese un revuelo de faldas, de risas, de palpitations de mujer. El hombre invita á Concha á «marcarse» aquel *chotis*.

—¿Vamos, nena?

La de Maravillas titubea un instante. Tan enfebrecido de lujuria le ve, tan descompuesto, que siente repentina é invencible repugnancia.

—No; no bailo. Me duele mucho la cabeza.

El hombre murmura al oído de Concha algo que la subleva, que la hace estallar al fin. La moza, con su gesto de altivez, popular en todo el barrio, se levanta, y atravesando rápida por entre las parejas, se reúne con la madre.

Dos muchachos la siguen, ansiosos, con la vista.

—¡Qué pedazo de mujer!

—Sí que derrumba.

—Voy á ver si bailamos.

—Tú, ¿con esa? Vamos, no seas infantil. Esa tiene los novios así...

Y junta los dedos desoladamente.

—La verdad es que tira de espaldas. ¡Lo que cría este Madrid, tú!...

Codiciándola, se alejan en busca de otras bellezas más propicias. Concha, en tanto, clavada á la suya, amarrada á ella como á un potro de dolor, se abanica nerviosamente. Entre la muchedumbre de bailarines, apenas se la ve. Detrás del abanico, la de Maravillas reprime sus bostezos. ¡Madrileña deliciosa! El dependiente de *La Góndola* tiene muchísima razón. Está la chiquilla como para comérsela...

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE OCHOA



Cuentos de la guerra

LA BARCA DE CARONTE



EL antagonismo entre el tío Vicente y el tío Lucas era casi tan antiguo como ellos. Desde el taller en donde entraron de aprendices, corrieron sus vidas materialmente paralelas y divergentes por las aficiones. Si uno quería jugar al marro, el otro proponía en seguida jugar á las chinas; y después, en los juegos más trascendentales de la existencia, habíase adentrado ya tanto en ellos la costumbre de disentir, que cada cual mantenía su criterio, no sólo por quedar bien consigo mismo, sino por contradecir un poco al otro. Al tío Vicente le gustaban las rubias; al tío Lucas las morenas; Vicente era tradicionalista; Lucas, republicano; Vicente se dió á la carpintería náutica, y reparaba y hasta construía botes en el varadero de la playa; Lucas se hizo ebanista; Vicente se casó y se llenó de chicos; Lucas se mantuvo soltero; Vicente soñó siempre con poder ahorrar, y no fumaba, no bebía: su única distracción era la manilla barata de los domingos; Lucas, alegre é imprevisor, no guardaba nada, pues en el fondo—según solía decir su enconado amigo—contaba un poco con lo de los otros. Y de ese modo, entre puyas y discusiones, pero siempre juntos, vecinos de toda la vida en aquella fila de casitas casi empotradas en el monte, cara al mar, los dos hombres vieron pasar la juventud y acercárseles la vejez. No salía el marino de pesca sin traer para el tío Lucas unas doradas ó unos lenguaditos; y, en cambio, el hombre terrestre, cuando no andaba muy alcanzado, compraba para los rapaces—sobre todo para su ahijada, la mayor, tísica desde los trece años—algún pollo, conejo ó carne de toro los días después de las corridas; y durante las francachelas, mientras la mujer y los chicos engullían silenciosamente, armaban los compadres camorras por si el vino estaba agrio ó el Gobierno suave; y la gente, curiosa, primero, y algo envidiosa luego, á la vista del festín, se agrupaban en la puerta y cuchicheaba: «Ellos se pelearán, pero lo que es quererse...» Y tenían razón.

El mar ha sido, durante toda la vida, el ver-

dadero amor del tío Vicente. Arrullado por él de niño, sustentado por él de hombre, pagábale con fervorosa sumisión. Por uno de esos contrasentidos, no muy raros en los puertos, cuanto se relacionaba con la tierra parecía mal cimentado, aleatorio, inseguro. Al volver de pescar, decía siempre: «¡Si viérais lo guapas que están estas casas desde fuera!... Parecen un barco con sus luces y todo.» Así como gozaba cuando, tierra adentro, decía alguien al verle: «Ahí va un marinero», quería dar á todas sus cosas atributos de mar, y cuando estaba de buen humor llamaba á su mujer «Capitana». La jerga del litoral levantino no tenía secretos para él. Y, por las tardes, su goce mayor era ir á los cafés próximos al puerto, y allí, entre la atmósfera densa de humo, de emanaciones de alcohol, de olores bravíos, mezclarse en las conversaciones de los pilotos y oír los ajustes, las proezas imposibles, la nostalgia de una casita, una mujer y unos pequeñuelos, cuyos retratos, dorados á ron, llevábanse siempre en una cartera muy hinchada, sostenida por una goma...

En uno de esos cafés, siempre vibrantes de exageraciones y mentiras, oyó el tío Vicente, á los pocos meses de declarada la guerra, comentarios acerca de las fechorías de los submarinos y la subida de los fletes. Hablábase de negocios pingües hechos por capitanes no muy temerosos de morir vestidos; citábanse ventas y reventas de buques, nombres de muelles abarrotados de mercancías por falta de medios de transporte. La cosa estaba bien revuelta y era la ocasión de tender las redes y pescar de una sola vez para toda la vida. ¡Ah, el que tuviera coraje y una barca donde cupieran unos cientos de cajas! El contrabando era arriesgadísimo: de un lado de la balanza estaba el dinero, onzas, billetes nuevecitos; y del otro, nada más que la posibilidad de encontrarse unos meses ó unos años antes á esa buena señora llamada la Muerte, con la cual siempre es forzoso bailar... Y el tío Vicente barajaba, ensanchaba estos ecos de conversaciones, y luego de ru-

miarlos, dejaba escapar en su casa opiniones, entre bocanadas de humo, gozando con el medio de los suyos y estimulado siempre por la sonrisa burlona de su compadre... Durante algunos días lo vieron trajinar, preocupado unas veces, y otras sonriente. La muchacha tuberculosa, su mayor cariño después del mar, fué la primera en advertirlo. Una noche, mientras cenaban, le preguntó:

—A usted le pasa algo, padre... ¿por qué no lo dice?

—Es que tengo miedo á los estripaterones, gaviotas.

—Cuando tú no desembuchas, será por algo—dijo Lucas.

Y entonces, saboreando su respuesta, el tío Vicente habló con deleite y lentitud:

—¿De manera que mi grumete enfermito ha visto que su padre guardaba algo en el pañol de la cabeza? ¡Buena vista de serviola! Lo que has visto es que vamos á ser ricos, ricos de miles, sí, señor... Que la fortuna está á barlovento y estoy decidido á orzar hacia allá... Y que ya están gastados los ahorros en buena madera, y que mañana empiezo á construir con el hijo de la señora Emilia y un primo suyo una barca bien grande, que se llamará como tú.

—Ja, ja, ja... ¿Con que te metes á *estillero*?

—Y á contrabandista después, sí, señor; pero que vayas con el soplo si quieres. Contrabandista de guerra, no de cochino tabaco. ¿Qué te parece?

Sus ojos flamígeros asaeteaban la cara socarrona del compadre, y su boca sinuosa de cólera repetía una y otra vez la pregunta:

—Vamos á ver; di por esa escotilla de contradicciones lo que te pase por la cofa; tó, menos reírte así.

—Pues me parecen varias cosas; dos, para no cansar... Una, que entre tú y esos no hacéis una barca ni un Arca de Noé, y que si la hacéis le va á entrar agua hasta por los palos... la otra, y no vayas á encalabrinarte, es que para meterse en eso hace falta un coraje que tú no

tienes, de lo que yo me alegro mucho, y éstos más. ¿Está claro?

El tío Vicente nada dijo. Su decisión era tan recia, que despreció los argumentos verbales. A la mañana siguiente se pusieron los tres á la obra. En tres meses el esqueleto estuvo cubierto y comenzaron á calafatear la cala. El olor de la brea alegraba á todos, y la tísica lo respiraba á bocanadas ávidas. Lucas tuvo ante los operarios unas palabras irónicas, las últimas:

—Echarle bastante engrudo negro, que ya tengo dicho que si me dieran á mí de vino lo que de agua va á entrarle en cuanto la echéis...

Pero la botron y el agua no entró. «Ya entrará—decía Lucas—; dejen que el menjurje ese se ablande... Barca ya tenemos cuasi, cuasi... Ahora falta el contrabando y los redaños. Y eso me parece que va á faltar por mucho tiempo, y así sea.

Tampoco acertó en esto el agoreo. ¿Había corrido entre la gente de los muelles la noticia, y sabedores del tesón y de la habilidad del viejo, decidieron explotarla? No quiso el constructor decir nada y se encerró en un silencio lleno de jactancia. Sin duda, al ver llegar á quienes fueran á proponerle tan arriesgada empresa, debió sentir impresión semejante á la de aquellos desesperados que, invocando con un poco de desesperación y otro de incredulidad al demonio, lo veían de pronto aparecer. Sólo después se ha sabido que dos hombres rubios bien trajeados le citaron para un café y después fueron una noche á reconocer la barca. Su mujer, á quien él exigió juramento de no decir nada, «pa que no hubiera soplos ni chacotas, y pa que alguno que ella conocía bien se royera de rabia al ver los cuartos», aseguró que su Vicente debió tener un presentimiento, y que si no se volvió atrás fué por la ambición y por el amor propio. Según él, se trataba de cargar unas cajas de gasolina, de llevarlas hasta un sitio no muy apartado y de volverse luego, cosa sencilla y corta

con una miaja de suerte. La noche misma de la partida, antes de que los dos carros cubiertos de hierba se detuvieran junto á la playa y se principiase á cargar, le dió un paquete de billetes, y esforzándose para cubrir con parlería alegre su emoción, le dijo:

—Guarda eso bien, es la mitá sólo, no creas... La otra se cobrará á la vuelta, y mañana tendremos pagá la barca y un buen puñao de sobra... Na de lagrimitas... No me vayas á quitar el ánimo, mujer... Ea, hasta mañana... Traeré pa la nena unos pescaos... Y cuando ese venga y me eche de menos, pues decirle que hubo contrabando y redaños; no te olvides.

La partida debió ser algo después de media noche. Desde la ventanuca vió los carros alejarse y tres sombras subir á la barca, que se alejó en seguida, tendió las blanquecinas alas y se desvaneció entre las tinieblas. En el barrio, apartado y madrugador, nadie advirtió el viaje. Durante el día siguiente, los comentarios fueron muchos, y algunos impurificados por la envidia. Sólo cuando al caer la tarde vieron á la madre y á la pobre enferma mirar ansiosas hacia el mar, comenzaron las inquietudes. ¿Vendría? Nadie se atrevía á preguntar claramente, y venían uno á uno hasta la puerta, con frases ambiguas de consuelo. Los últimos pescadores decían no haberlos visto. La noche fué de vigilia, de angustia, y á la madrugada sólo quedaron algunas esperanzas, que se desvanecieron durante el día. La noticia se extendió por los muelles, y alguien vino á aconsejar á la casa el no decir la verdadera causa de la expedición. Los periódicos publicaron, al cabo de una semana, la noticia de que un pescador, sorprendido sin duda por recio Levante, había zozobrado y perecido, y en la vida de la ciudad otros sucesos fueron relegando el oscuro drama. Pero en el barrio seguía hablándose de él, soñándose con él. Pensaban unos que los malvados hombres rubios habrían echado por la borda al viejo, para huir con la barca;

otros suponían que, sorprendidos por un buque de guerra, habrían sido echados á pique, y al final de todas las versiones estaba la Muerte. La viuda, cuya vida hasta esa hora fué insignificante, engrandeciéndose ante el dolor y se dispuso á ser madre y padre de los huérfanos. Sólo la tísica, con ilusión quimérica, pretendía que su padre habría sido recogido por el mismo submarino á quien iba á aprovisionar, y que un día se recibiría carta suya diciendo que estaba allá, muy rico, rodeado de honores por su proeza, y que volvería pronto para no trabajar más y vivir todos en un palacio. No era posible contradecirla, pues se exaltaba, y su labio—¡tan pálido!—se cubrían de rojiza espuma. Por las noches, cuando la viuda y el tío Lucas se quedaban solos y podía ella llorar, él, tozudo hasta en medio de su emoción, repetía muchas veces:

—Ya sabes que esos son como mis hijos mismamente, que desde hoy ni más vino ni más tute ni más ná; á trabajar pa ellos hasta escrismarse, si es preciso... ¡Por el mismo Vicente lo juro! ¡Quién iba á decir!... ¡Maldita barca y maldito mar! Ea, vamos á ver, ¿cómo crees tú que fué la desgracia? A mí no me importa decir ante toos que á cañonazos ó matao por esos, porque paece mejor, eso es... Ahora, que mi idea no hay quien me la quite: á la barca le entró agua y se ahogaron. ¿Es verdá ó no?

Y en seguida volvía á hablar de los pequeños desvalidos, cuya respiración llegaba intranquila hasta ellos; á jurar preservarlos para siempre de la miseria con sus brazos cansados; y la voz y los ojos se le llenaban de lágrimas otra vez. Cuando él se iba, la pobre mujeruca, apoyada hasta hacerse daño contra los hierros de la ventana, pasaba mucho tiempo mirando al mar, con la ilusión de ver clarear algo á lo lejos.

A. HERNANDEZ CATA

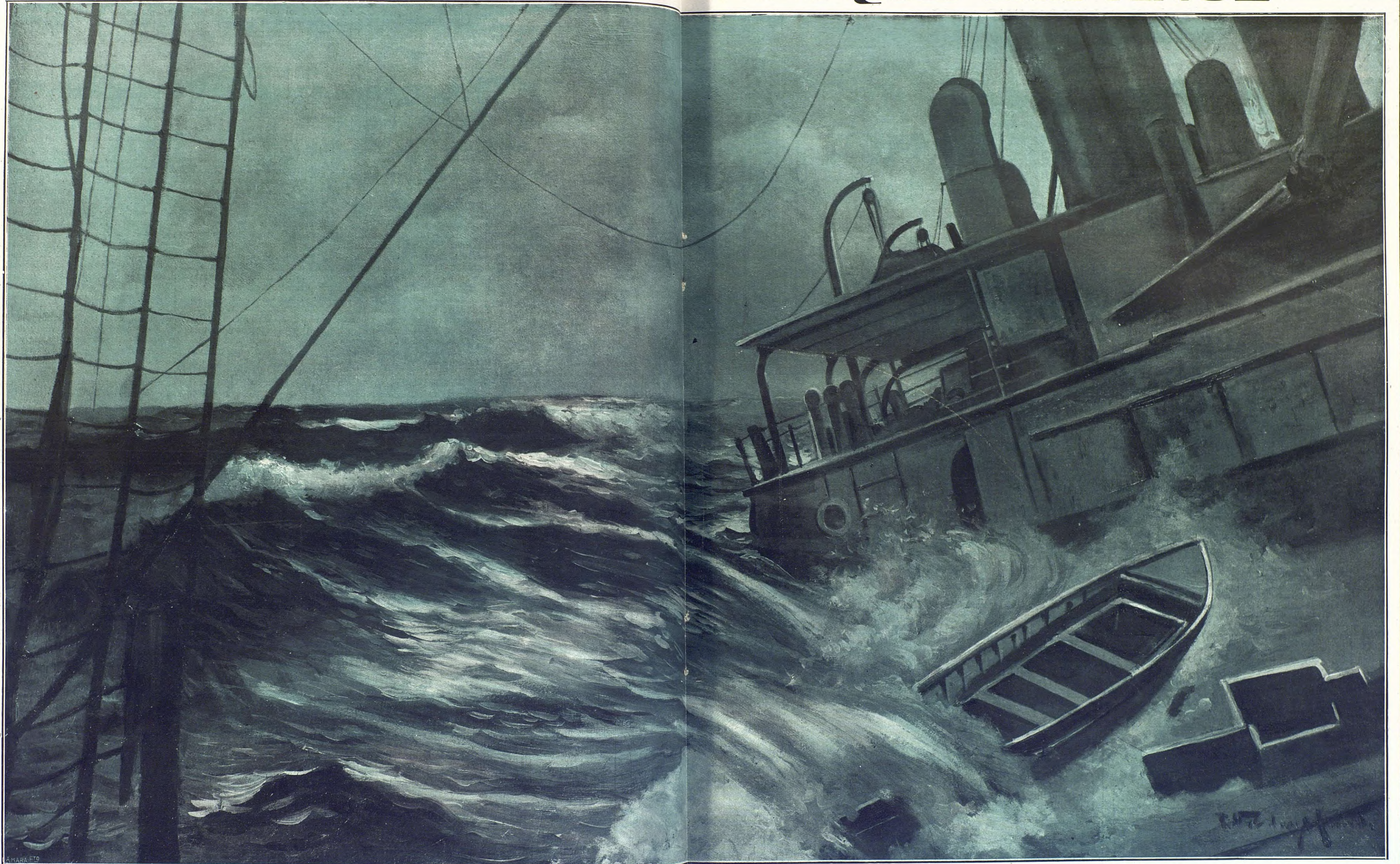
DIBUJO DE RIBERO

POR TIERRAS DE CASTILLA



La Plaza de San Martín y la casa del marqués de Lozoya, en Segovia

FOTS. HIBLSCHER



EL VAPOR BILBAINO "YUTE", LUCHANDO CON EL TEMPORAL Y UN FUERTE INCENDIO QUE SE LE DECLARÓ A BORDO, EN LA TRAVESÍA DE DURBAN A PORT ELISABETH

El "Yute" es el único buque español dedicado á la importación de materiales para la fabricación de hilados y tejidos de yute. Pertenece á la Compañía Naviera Guipuzcoana y lo manda el experto marino D. Juan Jaureguibeitia. El dibujo de Verdugo Landáburu está hecho con una fotografía obtenida por Iglesias desde la cubierta del barco

HORCAS Y PERGAMINOS
EN EL ARCHIVO DE SIMANCAS



Vista del archivo de Simancas

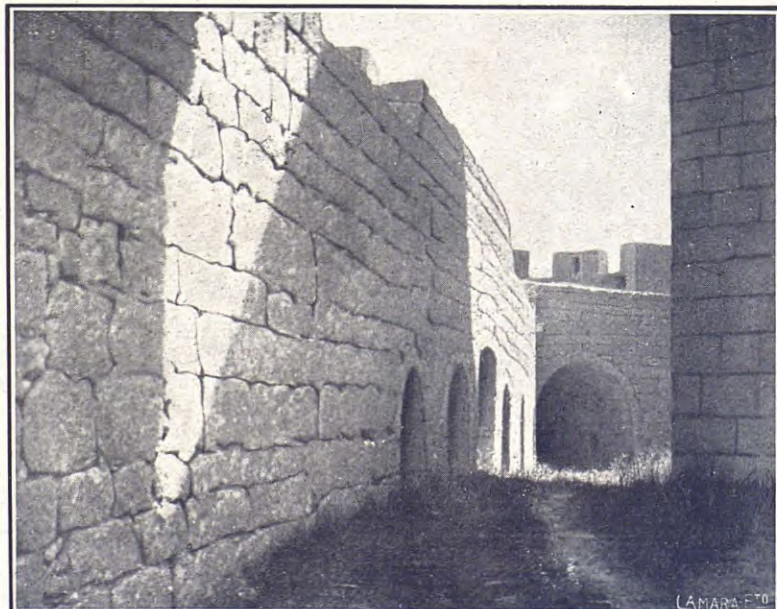
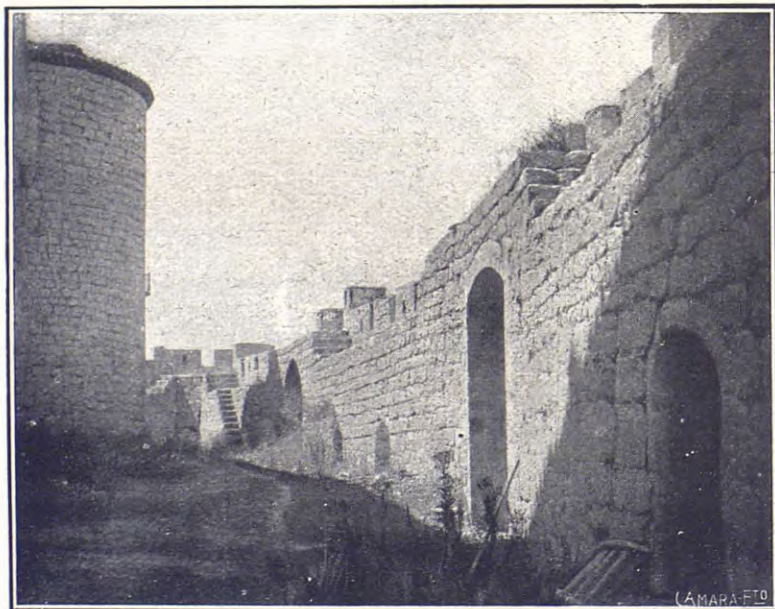
He llegado á Simancas. Mientras recorría el breve camino desde Valladolid, he leído una hermosa página firmada por Federico Santander, fragmento de una *Guía espiritual de Castilla*, que no sé si ha llegado á publicarse. Toda la emoción que ha de producirnos la vista de Simancas está recogida en las breves líneas de esta descripción del viejo castillo. No anda lejos el día que al utilitario Baedeker, que parece escrito por un cicerone memorista ó por un intérprete de fonda, sucedan estas guías literarias, espirituales, llenas de sensaciones. Con una de estas guías, admirable por cierto, recorrí, hace

poco, Segovia, que se me ofreció como una virginidad, llena de emociones y de palabras nuevas. Otra guía, no menos admirable y deleitosa, espera impaciente en mi maleta de viajes la hora de ir á recorrer Salamanca.

En España faltan muchas de estas guías espirituales, que son urgentemente necesarias. Yo he visto el asombro y el desconcierto de un grupo de viajeros que contemplaban la estupenda página de Historia que se llama *Entierro del conde de Orgaz*—toda el alma de un siglo, toda la psicología de una decadencia—, cuando el sacristán de Santo Tomé decía por

toda explicación del prodigio: «Aquéllos son los hermanos Covarrubias; ahí se retrató el mismo Greco; fijense en la gasa transparente del acólito...», y otras más ridículas banalidades. Acaso el marqués de la Vega Inclán, que tantas felices iniciativas ha tenido en la Comisaría Regia de Turismo, pudiera amparar la idea de hacer guías espirituales de todas las ciudades y monumentos de España.

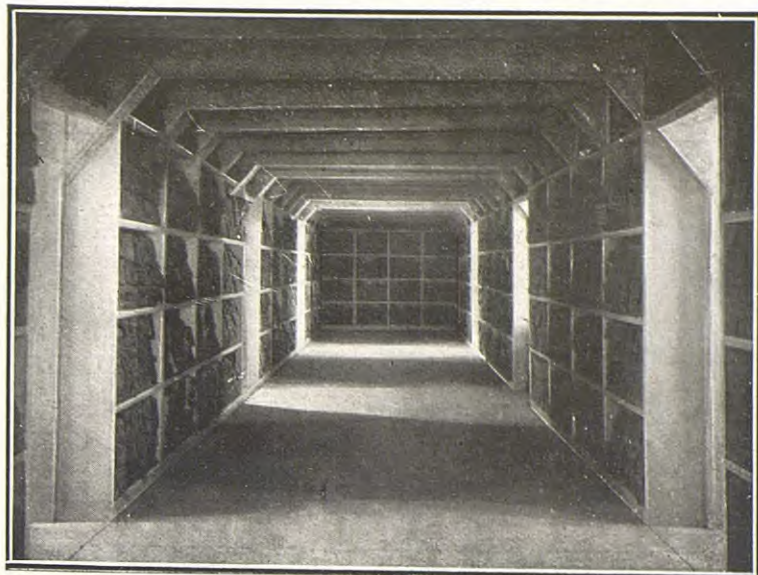
De Simancas queda dicho que tal guía está ya escrita, y, por cierto, admirable en su concisión y brevedad, que pudieran servir de ejemplo. Sin ella, nuestra curiosidad infatigable quedaría



Detalles de las murallas del castillo de Simancas



Entrada del castillo



Uno de los depósitos de libros

apenas satisfecha. El castillo, á pesar de su muro almenado, y aun siendo de los pocos que salvó la incuria de los reyes que siguieron á la Reconquista, tiene escasa grandeza. El genio de Herrera, que lo reconstruyó, no acertó ó no pudo conservar la fiera traza que debió de tener la fortaleza antigua. El archivo, á pesar de su riqueza y de la calidad, rareza y valía de muchos de sus pergaminos, no nos produce una gran sensación tampoco. Salvo unos cuantos documentos—el testamento de Isabel la Católica, el codicilo de Felipe II, las cuentas del Gran Capitán—, cuanto hay allí en miniadas ejecutorias, en privilegios rodados, en cartas de beherria, en bulas y breves pontificios, en autógrafos, en encuadernaciones de mosaico y de dorados, son cosas iguales á las muchas y ricas que hay en el Archivo histórico nacional, en la Biblioteca Nacional, en la Academia de la Historia, en el Archivo de Indias y en muchas catedrales.

Pero la admirable *Guía espiritual*, escrita por Federico Santander, evoca, ante la visión de estos muros almenados, á D. Juan II y su valido el Condestable, allí refugiados; á D. Pedro de Guvara, puesto en tormento por el Rey Católico para que declarase contra el Gran Capitán; al canciller de Aragón, Antonio de Agustín, en duro calabozo por haber soñado amar á la reina Germana de Foix; al caballero de las libertades castellanias, D. Pedro Maldonado, preso en la rota de Villalar, saliendo para el cadalso; al fiero obispo comunero Acuña, agarrado un viernes de Dolores en el lugar mismo por donde quiso evadirse, después de estar como león enjaulado y de matar al alcaide Mendo Noguero, sin que la dureza del licenciado Ronquillo lograra vencer la bravura de sus «*nunca asentados sesenta años*». Se conserva su prisión, que lleva el nombre de *Cubo del obispo*, y nos parece que, extendida la mesnada hasta el adarve, donde de una almena cuelga al aire la horca, le vemos salir para la

Muerte, alivo y retador, cantando con noble unión el *Miserere mei, domine*.

Así, cuando por una estrecha escalera subimos á la cámara del tormento, que en este lugar tiene una comprobada veracidad y no una vaga leyenda, sentimos el terror de toda nuestra Historia, donde tanto tiempo tarda en llegar el espíritu de la justicia á ser guía de reyes y norma de gobernantes. Estos muros fueron testigos de tanta iniquidad. Tan espesos son y tan ocultos se encuentran, que aquí clamaron en vano la justicia de Dios los desesperados lamentos del mariscal D. Pedro de Navarra, del revoltoso prelado de Zamora, del duque de Maqueda, del señor de Montigny y de tantos otros que cayeron en desgracia de sus reyes.

Luego, he aquí esta admirable riqueza histórica. Ochenta mil legajos hay en los estantes de sus cuarenta estancias. Desde que Felipe II creara este archivo, ha sido robado y saqueado infinitas veces. En épocas de perturbaciones y abandonos, han sido frecuentes las extracciones de preciosos documentos y de artísticos códices.

El robo, decretado por Napoleón, de diez cofres que, atiborrados de pergaminos, se llevó el mariscal Kellerman, como otros mariscales se llevaron, ya que no pudieron la corona de Fernando VII, las coronas y las joyas de las vírgenes y los cálices de oro de los sagrarios, no ha sido el único. Quienquiera sea un poco aficionado á papeles viejos, habrá podido encontrar, no ya en las bibliotecas de Francia y en el Museo Británico, sino en los catálogos de los anticuarios de Leipzig y de Londres, y ya en las grandes bibliotecas yanquis, numerosos documentos que indudablemente proceden de los saqueos de que ha sido víctima el Archivo de Simancas.

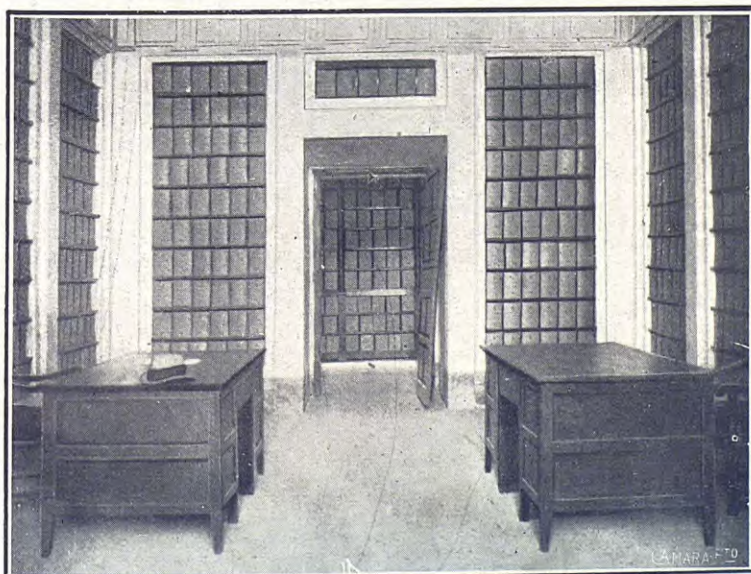
Al salir de la villa, camino de Valladolid, poseídos de la sensación de grandeza que producen siempre las evocaciones de nuestra Histo-

ria, nos preguntamos qué hacen aquellos ochenta mil legajos, donde tantos documentos habrá con datos ignorados y con sucesos desconocidos, en la soledad de aquel castillo. Más que archivo parece un panteón, como si hubiera en nuestra edad el propósito de borrar lo que fuimos, cuando, sin un ideal nacional, no sabemos ciertamente lo que vamos á ser.

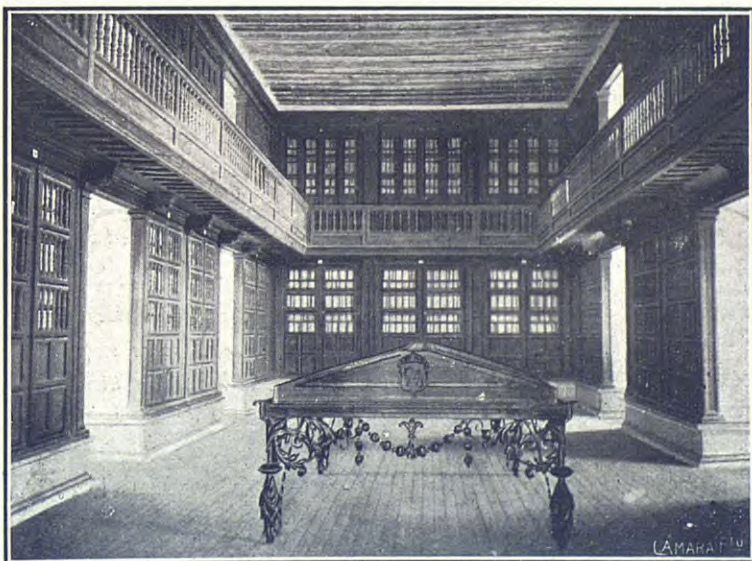
No fuera locura que se reunieran en un solo lugar, en un nuevo y grande edificio, con todas las seguridades posibles contra riesgos y daños, las riquezas históricas que andan descaballadas y disgregadas en los archivos de Simancas, Sevilla, Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza y Toledo; no fuera locura que los muchos y cultos archiveros que pierden sus horas catalogando expedientes en los ministerios ó cuidando los libracos viejos de tantas bibliotecas sin lectores, y, lo que es más curioso, sin libros modernos y sin antiguos que valgan la pena de ser hojeados, se ocuparan en estudiar toda esta documentación y hacer de ella una selección, que la avaloraría más y la haría más útil para posibles estudios históricos. Y no sería locura que á la legión de paleógrafos y de archiveros se uniesen, pensionados, los catedráticos y los escritores y los maestros que quisieran colaborar en esta obra de ordenación histórica.

Cuando se nos dice que hay en Simancas ochenta mil legajos, y otros tantos en el Archivo de Indias y en el Histórico nacional y en el de la Corona de Aragón, sentimos una sensación de empequeñecimiento, como si nuestra incapacidad individual para llegar á conocer los secretos de esas montañas de pergamino y papel fuese la incapacidad colectiva de nuestra generación y de las que nos sucedan, y como si fuésemos la seguridad de que pasarán los siglos y España no querrá nunca saber lo que fué la grandeza de España.

DIONISIO PÉREZ



Salones del archivo de Simancas



FOTS. SANTOS PEÑA

NUEVAS CANCIONES GALANTES



PENSATIVA

Fuése la última pareja.
Alumbró el primer lucero...
Se oye un «auto» que se aleja
á lo largo del sendero.
Queda el Parque fatigado
en los brazos de la Nada.
... «Ella», el aire preocupado,
continúa ensimismada...

Pensativa en la penumbra,
extasiada, muda, quieta,
en los ojos le relumbra
el amor de Julieta.

¿Qué hace allí, en aquella hora
del crepúsculo embrujada?
¿La Vestal tiembla y se azora
por su lámpara apagada?

Nueva y pérfida Judith,
¿qué venganza te cegó?
... ¿Otro velo de Tanit
quiere la otra Salambó?

¿Ama el título ducal
ó el lujoso «landolet»?

¿Sueña un trono criminal
como el de Lady Macbeth?

Pensativa entre ramajes,
¿á qué esperas?, ¿por qué esperas,
ensoñando vasallajes
y agrandando tus ojeras?

¡Oh, mujer, aún sin tesoro!
El que esperas, ¿qué te trae?
¿Nuevo Júpiter, su oro
lloverá sobre Danae?

¿Soñarás con la áurea lluvia
que te compe y que te venza?
¿Temblará tu carne rubia
inmolada á la vergüenza?

¡Oh, mujer, Esfinge viva
que en el Parque sorprendil
¡Oh, la bella Pensativa!
¿Qué será de ti?

CRISTÓBAL DE CASTRO

DIBUJO DE ECHRA

COSTUMBRES TÍPICAS DE ESPAÑA



LA VIRGEN DEL LUGAR.

DIBUJO DE R. MARÍN

TOLEDO: PASEOS Y DIVAGACIONES

EL GRIEGO MISTERIOSO

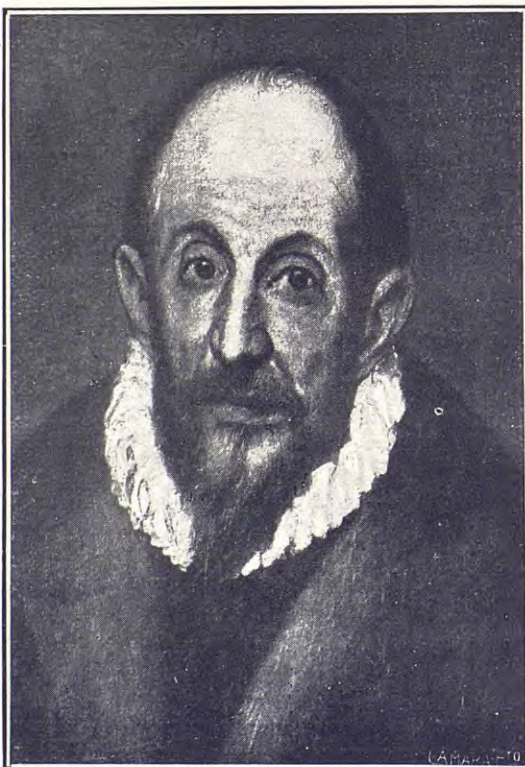


La casa del Greco, en Toledo

CUENTA un vecino de Toledo que siendo el viernes primero de Febrero de 1561, «cayó una muy grand nieve que muchos de los vivos no se acordaban aver visto otra tal, á cuya causa aquel invierno, estando aquí la corte de su majestad, y por estar las calles tan sucias, uvo tantos y tan malditos lodos, quales nunca se vieran, tanto que los cortesanos estaban muy descontentos en esta cibdad y deseaban ir de ella á otra parte, apeteciendo todos mudanza de corte.» Verdaderamente, son poco atractivas las calles toledanas, cubiertas de nieve y peligrosísimas cuando ésta llega á endurecerse; recordad lo que á este propósito dice Galdós en su *Angel Guerra*.

No debe extrañarnos, pues, la indignación de aquellos cortesanos llenos de cazcarrias y transidos de frío. Toledo buena fué para cobijar las turbulencias de la monarquía visigoda; excelente también como cimero baluarte para la reconquista; pero luego, libres de moros, realizada la unidad nacional, sofocado el chispazo de las Comunidades y sin guerras en el interior de España, era sobrado angosto Toledo para albergar la fastuosidad de los Austrias. En 1563, Felipe II trasladó la corte.

Para comprender la gran desgracia que se abatió sobre Toledo, consideremos un instante la desastrosa situación de España en esta segunda mitad del siglo XVI; cuando sus pueblos asfixiábanse bajo el peso de innumerables gabelas; aún no se había llegado á colocar cepillos en los ca-



Autorretrato de "El Greco"

minos para recoger limosnas que aliviassen á la Hacienda real; pero, mediante unos escudos, dábale condición de legítimos á los hijos de los clérigos.

En pos de la corte fuéronse los servidores del rey, gran número de caballeros, militares y curiales, el tropel de intrigantes y picapleitos, los barbilindos de esclarecida progenie y bien repleta bolsa, los negociantes y los artesanos. Nadie mejor que los toledanos para pintarnos cuán grande fué el derrumbamiento de su grandeza: «De calles enteras que habia de freneros y armeros, vidrieros y otros oficios semejantes, no ha quedado un solo oficial, pues no se hallará en la ciudad un frenero que haga ó aderece un freno de cavallo ni mula, ni un armero ni arcabucero, y sólo una miserable tienda de vinos ha quedado; y un mercado franco que tiene el martes de cada semana, con que se bastecía el lugar, por la pobreza y miseria del, no viene á ser de consideración, y lo que se llevaba á vender en él se lleva á Torrijos y otros lugares de señorío. Las posesiones de casas, que era la hacienda más preciada, es hoy la peor, porque no hay quien las viva y habite y en lo más público y que era de más estimación, hay gran número de casas cerradas, y la que se cae no se levanta, y holgarían de darlas sin alquilar á quien las quisiera vivir. Los frutos de las heredades y huertas, faltando las gentes, no se gastan, y un trato grueso de bonetería, en el que se entretenía y sustentaba mucha gente,

está casi perdido. Las monjas pobres que se sustentaban con la labor de cadeneta, tan prima y dura, con que se guarnecían corporales, paliós, hijuelas y otras cosas, han cesado con entrar de Francia y otras partes las randas y puntas llamadas de Flandes.» Así se expresó la ciudad en un memorial dirigido al monarca.

Un solo rico había en Toledo entonces: la Iglesia necesitaba lujos y fastuosidades para honra del culto, usaba «randas y puntas de Flandes» y protegía á los orfebres y pintores. Domenikos Theotocopoulos vino á Toledo para hacer el retablo de Santo Domingo el Antiguo, hacia 1576.

Este pintor, á quien las gentes, obedeciendo á la ley del menor esfuerzo, llamaron siempre *El Greco*, ¿de dónde venía? ¿Cuál era su bagaje ideológico? Llegaba de Venecia y de Roma; las dentelladas que el Renacimiento iba dando al alma medioeval, habrían dejado huellas de dudas en su espíritu; no podía ignorar que el inmuable cielo de cristal de Aristóteles habíalo quebrado Copérnico, nuevas estrellas habían aparecido y la Tierra no era ya el centro del Universo. A pesar del celo de la Inquisición italiana, sabía que treinta y tantos años antes de su nacimiento, á los dominicos que llegaron á Witemberg pidiendo limosnas, á cambio de indulgencias, cortóles el paso Lutero con sus noventa y cinco proposiciones fulminantes y condenatorias; sabía que aquella «disputa de frailes» se convirtió en cruentísima guerra de naciones y sabía que se acusaba á la Iglesia de contrariar los Evangelios, y se negaba la infalibilidad papal.

El Greco, que pintara en Italia cuadros armónicos y suaves, en los que hay fuertes brazos, piernas robustas y miguelangelescas, tornóse en Toledo pensativo y frío. Ganó aquí «muy buenos ducados», que gastaba, según dice Pacheco, «en el lujo y ostentación de su casa», no le atanzó, pues, la pobreza del pueblo; pero apreció muy bien en los toledanos, tristes y silenciosos, el hondo dolor causado por el abandono de que fueron víctimas. Los hidalgos seguían vistiendo

decorosamente; bajo las ropillas de terciopelo y las galas profusas, acaso se escondieran estómagos inactivos y gáznates secos; pero el continente aún era adecuado á la pretérita grandeza, y los ojos perdíanse en las lejanías inaccesibles del alma, como si resbalasen indiferentes sobre el mundo exterior, esperando una reparación ultraterrena y perdurable. Pensando sobre estas cosas, debió ser como *El Greco* pudo expresar la angustia silenciosa que había en sus retratados. Ved, si no, ese caballero que con una mano apoyada sobre el pecho os mira, sin veros, desde un muro del Museo del Prado. En vano fué que los investigadores buscasen el nombre de este señor; convínose entonces en que era el retrato de un desconocido, y á nosotros se nos antoja que también fué un desconocido para el pintor, quien, al trazarlo, no quiso hacer perdurable las facciones de un determinado caballero, sino sintetizar en uno la melancolía señorial de todos los caballeros con quienes cruzaba al pasear bajo los plateados álamos del Tajo.

Cuando *El Greco* copia cosas inanimadas, es un verista estupendo; limitase á pintarlas tal cual son; no es preciso meditar, bucear en el alma de lo pintado, porque su substancia está visible para todos los ojos (casullas del *Entierro del señor de Orgaz*, por ejemplo). Mas, llegado el momento de interpretar un tema religioso, un motivo celestial, entonces el artista meditaba mucho, allá en los miradores de su casa de la Judería, frente á los cigarrales de un verdor grave y adusto.

Algunas tardes tropezóse en Zocodover con la procesión de los judaizantes y hechiceros que avanzaban en largas filas, con las manos atadas al cuello, azotados y quejumbrosos. Otra vez descendió hasta la Vega, por ver un Auto de Fe, y volvió enfermo á su casa; el hedor de la carne quemada le atormentaba como si se le hubiera entrado hasta el cerebro; durante muchas noches debatióse insomne y tembloroso en su lecho, porque creía oír continuamente los alaridos de espanto con que le despertaron la mujer y los hijos

de un vecino suyo á quien prendió el Santo Oficio. En semejantes crisis, *El Greco* rezaba fervorosamente, y cuando cogía los pinceles, alargaba las figuras, torturaba las carnes, buscaba una maravillosa luz increada para los nimbos de los santos, y ponía en sus túnicas resplandores celestes.

Callaba siempre; veía á la Iglesia, reuniéndose en Concilio, dispuesta á reformar su disciplina, y una víbora se levantaba entonces en su alma para decirle que alguna razón tenían los heresiarcas; pero, al punto, callaba hasta ahogar su pensamiento. Sabía muy bien que ni los hombres más virtuosos é ilustres consiguen alejar de sí el recelo de la Inquisición; recordó á Teresa de Cepeda, acusada de visionaria; á Ignacio de Loyola, preso con Francisco de Borja; al dulce y tierno Fray Luis de León, procesado, y, loco de terror, pedía gracia al Señor con la oración de sus pinceles, solicitaba fortaleza para su fe, acaso vacilante; maldecía las audacias juveniles de Italia, los colores sensuales y las jugosas matronas que entonces pintara, y juraba enfriar su paleta para todo lo humano, macerar las carnes despreciables del hombre, dislocar y retorcer las líneas de su cuerpo, aquellas líneas que habían incurrido en la abominación de creerse bellas. No; el milagro de luz, que sólo él poseía, guardaríalo como un homenaje único para el Salvador, para los santos, para sus alucinantes visiones celestiales.

Desde que la atención de los cultos se convirtió hacia *El Greco*, han llovido en torno suyo las interpretaciones y los comentarios. Nosotros somos unos silenciosos paseantes á quienes gusta explicarse lo que ven; así hemos ido á contemplar las obras de este pintor, sin *snobismo*, sin *pose* y sin literatura. Humildes y errantes, cumplimos el consejo de Unamuno: «Di tu palabra y sigue tu camino.»

ARMANDO DE LAS ALAS PUMARIÑO
Toledo, 1917.



La Puerta del Sol



La puerta de Alcántara

FOIS, CASTELLÁ Y MOREN)
Dos belios y típicos monumentos de la ciudad toledana

PÁGINAS ARTÍSTICAS



TÍPICA CALLE DE UN VIEJO PUEBLO ESPAÑOL

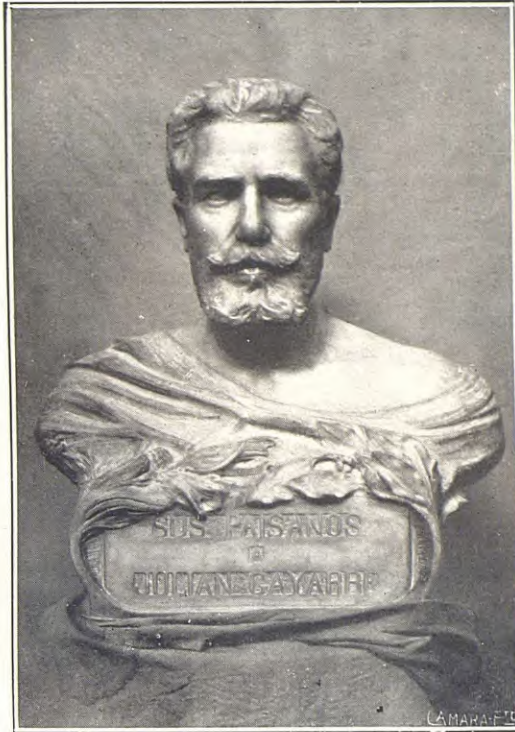
AGUAFUERTE DE CASTRO GIL

ACTUALIDAD ARTÍSTICA
UN RETRATO Y UNA ESCULTURA



FRUCTUOSO ORDUÑA

Joven y notable escultor navarro, autor del monumento a Gayarre



Busto del monumento a Gayarre, que se ha erigido en El Roncal (Navarra), donde nació el célebre cantante



JULIO VILA PRADES

Ilustre pintor español, que ha celebrado en Nueva York una Exposición de sus obras

De la indudable y, para nosotros, halagadora hispanofilia que demuestra Norteamérica en estos últimos tiempos, son los primeros beneficiados artistas y escritores. Multiplicanse las cátedras de español, agótanse las ediciones de obras clásicas y contemporáneas y solicitan las principales revistas las colaboraciones de nuestros literatos y hombres de ciencia; procuran los recientes museos yanquis adquirir cuadros antiguos y modernos de españolas firmas, y menudean las Exposiciones de arte contemporáneo con una frecuencia y un éxito harto elocuentes.

Antes, después y simultáneas de la de Ignacio Zuloaga, presenció la capital de los Estados Unidos no pocas Exposiciones de artistas españoles. El *New York Herald* ha titulado de un modo muy exacto cierta información suya con estas palabras bien significativas: *New York Mecca for Spain's great artists*.

En esa información se reproducen varios cuadros y se habla elogiosamente de Vila Prades.

Después del éxito de Ignacio Zuloaga, el de Vila Prades ha sido el más importante de los actuales logrados por pintores españoles en Norteamérica.

El ilustre artista valenciano, que desde hace muchos años vive fuera de España, expuso primero su cuadro *La heroína*, pintado en Arras el año 1915, que representa un trágico episodio de la actual contienda, y que reproducimos en estas mismas páginas con motivo de ser expuesto en San Sebastián.

La heroína es un cuadro lleno de fogosa emoción. Recuerda en su composición y en su propósito, el célebre *Los últimos cartuchos*, de Alfredo Neuville, que nos habla aún de los heroísmos de la guerra de 1870, y su autor lo expone á beneficio de la Cruz Roja francesa.

Sin embargo, este cuadro significa una excepción en el arte de Julio Vila Prades. Su especialidad es el retrato; su obsesión inspiradora los asuntos españoles.

Así la Exposición de Vila Prades en Nueva York se componía de retratos y de cuadros de tipos y costumbres españoles.

En la serie de retratos figuraban los del Rey Don Alfonso XIII, conde y condesa de Artal, de la esposa del autor, los titulados *Carmen* y *Margot*, los de un nieto de Roosevelt y del embajador yanqui en Madrid, Mr. Villard, como los más importantes, aun siéndolo también mucho los otros que no se mencionan.

Como una consecuencia del éxito obtenido por Vila Prades en Nueva York, el Estado de Venezuela le encargó el retrato del presidente de aquella República, D. Juan Vicente Gómez. Este retrato es una de las obras más características y afortunadas de Vila Prades. Tiene el empaque altivo y la amplitud técnica de los maestros de la escuela española. Sabiamente construido y cromatizado, responde al credo estético de sobriedad y de castizo realismo que practica el ilustre pintor. Después del retrato del generalísimo Gómez, Vila Prades pintó en Venezuela el del presidente doctor Márquez Bustillos y los de otras personalidades, siendo, además, condecorado con la gran cruz del Busto del Libertador, que es la más alta condecoración de aquella República.

ooo

En El Roncal, pueblo natal de Julián Gayarre, se ha erigido un modesto monumento al célebre cantante. Se ha costeado por suscripción pública entre sus paisanos, y un joven escultor navarro ha sido el encargado de realizar la obra.

Este escultor se llama Fructuoso Orduña; está pensionado por la Diputación de Navarra y es discípulo de Mariano Benlliure.

Aunque, lógicamente, se halla todavía influido por su maestro, hay algo ya más efectivo que una promesa en el busto de Gayarre modelado por Orduña. Además del parecido, muy notable, á juzgar por los retratos que se conservan del gran tenor, hay en esta obra una tendencia agradable y sólida. Tienen las carnes morbidez y noble ritmo la línea. Seguramente este comienzo del joven artista significa el preludio ó sinfonía de una obra interesante y digna de ser colocada junto á la que van realizando los modernos escultores españoles.



"Retrato del generalísimo Juan Vicente Gómez, presidente de la República de Venezuela", cuadro original del ilustre artista Vila Prades

EL JARDÍN BOTÁNICO DE LA OROTAVA



Grupo de plantas tropicales en el jardín de la Orotava

Hay en la Orotava un jardín botánico de universal nombradía. Visitándolo pocas tardes ha, penetróme como nunca la sensación de calma, de olvido y de abandono que se experimenta en estos campos, que de ellos se exhala y se difunde, alma del paisaje... Imaginaos lo que será ese vergel en una comarca tan privilegiada y tan bella, en una zona donde medran las plantas de todas las latitudes y las flores de todos los climas. El botánico de la Orotava contiene un resumen de la flora terráquea entera.

Junto a los frutales del trópico se alzan erguidos, pomposos, recios, los árboles de las tierras frías: el tilo, el roble, el castaño; el baobab cuchichea con la palma canariense, de figura elegantísima y belleza inspiradora, imagen de la

mujer canaria; los cocoteros se inclinan ante los cactus erizados de espinas, agresivos y tristes como los beduinos del desierto; el ciprés calvo, «taxodium distico», árbol anfibio, susceptible de acomodarse en los dos elementos, tierra y agua, se yergue muy cerca del mate de Paraguay («ilex paraguayanus»), un ejemplar de siete años y tres metros de altura, que se ha logrado milagrosamente contra la opinión de los técnicos y la desconfianza de los empíricos; los ficus de especies diversas, y los plátanos de alegre verdor, se confunden; las araucarias simétricas, monótonas, prosaicas, horribles, multiplican sin fin sus series de ramas paralelas como andamajes, a dos pasos de las acacias esbeltas y bonitas, con cierto aire de coquetería refinada

que trasciende a bulevar parisién; los sauces se desmayan en brazos de los laureles que cantan gloria; los eucaliptus, hijos de Australia como tantos otros miembros de la vasta asamblea, reparten generosos su balsámico, salutar aroma; las plantas rastreras, reptiles de la vegetación, se abrazan y trepan por los troncos centenarios, parecidos a columnas de catedrales.

Así, despierto, sueño con la fraternidad universal; esos árboles, esas plantas, esas flores, hermanados, «reconciliados», me la simbolizan y me la materializan. El botánico de la Orotava antójase me un templo en que se practica la religión de las religiones, el verdadero Templo de la Paz.

FRANCISCO GONZÁLEZ DÍAZ



Dos aspectos del jardín botánico de la Orotava



“La barra”, cuadro de Francisco Llorens

ESTABAN en la cumbre de aquel monte que avanzaba sobre el mar, como un deseo sobre una conciencia. Era impetuoso el viento y grato deleite el espectáculo que á sus pies tenían.

Muy debajo de ellos, aún se veía un trozo de tierra, húmeda y obscuramente alfombrada de verdor, con las aisladas elevaciones de los árboles y con los puntos claros y movibles de unas vacas que pastaban á la guarda de una vaquerilla de rojo refajo. Luego se extendía el mar azul, azul, azul, de una infinitud serena, tranquila, en que su azulosidad tan profunda se afestoneaba de aparecibles y desaparecibles curvas blancas en las fajas amarillas de la arenosa barra, para después aquietarse en la ría ancha, profunda y también azul. Pero sin festones de espuma, en una blanda y tersa entrada hacia las orillas frondosas.

En el límite frontero, la línea ondulante de otras cumbres, esfumadas, envaguecidas por una neblina sutil que el sol abrillantaba.

Y sobre todo, un silencio amplio, majestuoso que cubría tierra, agua, seres y cosas como un palió que estuviera hecho de luz y de calma.

—¡Bien vale la pena subir hasta aquí!—murmuró Elena, extasiada.

El viento inflaba sus faldas aglobadas; sonaba contra la sombrilla azul, que la bañaba de glorificación el rostro y la desrizaba los cabellos.

Era alta, majestuosa, en una madurez espléndida de su belleza matronil.

Enrique la contemplaba desde el suelo; tendido sobre la blandura aterciopelada y fresca de la hierba, como si fuera ella una diosa y él un mortal capaz de resucitar en nuestro siglo aquellas conjunciones de las paganas teogonías que daban vida á los semidioses.

—Mire, mire, Enrique, aquella lanchita de la ría. Ha llegado casi al borde de la barra, donde el escaso fondo la hace inclinarse, á punto de caer contra la arena.

Enrique no miró.

—La veo en sus ojos, y la siento tambalearse, inclinarse demasiado en mi corazón. Es como un

am or que avanzó más allá de donde pudiera navegar, en aguas de otro amor profundo y propicio.

—¿Asiste aún?

—Aún. Es una insistencia instintiva, de defensa vital. Bien lo sabe usted, Elena.

—¡Pobre amigo mío, y pobre de mí misma! Se lo he dicho tantas veces, que repetirlo me ruborizaría, como esas viejas historias á los olvidadizos cuando ven mortecinos de fastidio los ojos de quienes les escuchan, conocedores ya del final. Estoy cansada, Enrique. No me trajo aquí ansia del cuerpo, fatigado solamente, sino también buscaba rutas de paz el espíritu. No más turbulencias, amigo mío; no más aventuras, cuyo principio no bastaría á disfracar el desencanto del epílogo. Sea bueno conmigo y leal con su corazón. Vea: un corazón suelto parece esa vaquerilla del refajo rojo corriendo por el prado detrás de aquella vaca que se le fué demasiado lejos.

Enrique no miró.

—La veo en sus ojos; la siento correr dentro de mí como una implorante, como una posible huérfana de felicidad que acude temerosa de perder esta felicidad. Si callara, amiga mía, ni sería bueno con usted ni leal con mi corazón. Yo soy hijo de esta tierra de supersticiones. Creo en todos los arcaicos sortilegios y en las «meigas» que el diablo ama por jóvenes y por hermosas.

Elena rió burlona.

—Ahora me llama bruja. ¡Donosa galantería!

—¿Por qué no? La envuelve una atmósfera invisible de divina y deleitosa hechicería. Penetré en ella y embujado quedé.

Elena volvió hacia él la arrogancia de su mirada.

—Usted bien sabe, amigo mío, que aquí en Galicia son las «meigas» más favoritas del diablo que en ninguna otra parte del mundo. Favoritas en la juventud; esclavas y aliadas suyas para el mal, en la vejez. Y yo he sido siempre un poco descreída para los infernales poderíos.

Enrique sonreía levantando hacia ella el rostro, buscándole la sonrisa de los labios y el fulgor de la mirada. Elena seguía mirándole, y luego de un

silencio donde parecía temblar todavía su voz, continuó:

—Es inútil, amigo mío, su hábil palabrería; inútil también la simpática atracción que á sus palabras confía; todo inútil. Vea ese mar... No, no me diga ahora que lo ve en mis ojos y en su corazón se agita. Mírelo. Es mi alma. Detrás de la suave calma azul que ya tiene, quedan borrascas y galernas enormes, saltos de las olas por encima de los atrevidos velámenes y descensos cóncavos, hondísimos, de abismo. Ahora, libertada en su azul tranquilidad, sólo quiere decir esto: morir dulcemente sobre la arena...

Enrique sonreía, mirando al mar y mirándola á ella.

—Pero esa arena, amiga mía, es peligrosa. No significa, como la otra de las playas, brazos amorosos de la tierra tendidos para recibir el mar. Las bancas de arena, las barras, son desleales y enemigas. Pero, en cambio, mire al otro lado, cómo espejea azul la ría bajo el sol. Como la ría, mi alma. Detrás queda la mimosa dulzura de mi Galicia. Melancolía, ensueño y ternura forman márgenes al lento y tranquilo desfile del agua. Si Watteau hubiera conocido las rías gallegas, habría puesto en ellas su barca empavesada, seguro de que ésta es la verdadera ruta de Citera. Ahora, ensanchada en su azul extensión, llega hasta el borde arenoso, ofreciéndole al mar turbulento el reposo que quería, cuando brincaba en olas alegres de hallar tan cerca la orilla. Entre el mar de su alma y la ría de su alma, sólo hay una frágil barra de arena.

—Que usted mismo ha dicho es peligrosa de atravesar—contestó Elena.

Elena volvió á sonreír, con todo el rostro apasionadamente encendido, y le tendía una mano, que él se apresuró á coger y á besar.

Enrique entonces se levantó. El hombre y la diosa quedaron frente á frente, á la misma altura. Sus siluetas se recortaron sobre el fondo luminoso del cielo. En lo hondo el mar iba cubriendo la arena de la barra.

DESDE PARÍS

EL MARTIRIO DE LA TIERRA



lla... Liberada por la muerte y redimida por el martirio, vuelve á su virginidad primera en el gran misterio de la resurrección universal.

ooo

¡Campos de batalla del Soma, del Mosa y del Danubio!... Pasan los días, sobre esos campos, como sobre un páramo: sin renuevo de savia en primavera; sin oros de espigas en estío; sin gloria de vendimias en otoño; sin preñez de sementeras en invierno...

Y hollados por hombres de todas las razas; ganados hoy por unos y mañana por otros, y perdidos, y vueltos á ganar y á perder metro á metro y palmo á palmo, ¿de quién son, en verdad, sino de nuestra señora la Muerte?... Ella, la Silenciosa, está sobre los hombres y las cosas; y los reyes, y las repúblicas, y los emperadores, y los sultanes le rinden vasallaje y tributo tal, que jamás le obtuvieron semejante los más insaciables dioses de la leyenda cruel: Moloch y Jehová...

ooo

Pero la tierra es madre de madres, y si no es inmortal, el plazo de su vida, con relación al de la nuestra, es de una eternidad... Por ello, herida y mancillada por los hombres, que son sus criaturas, la gran engendradora, que es también la gran amorosa, perdona y aguarda tan sólo una caricia de labor para tornar á la vida y á la fecundidad...

ooo

Sobre el que fué campo de batalla de La Marne, es ya difi-



Waterloo, Solferino, Rézonville: batallas antiguas; campos sobre los cuales la sangre de los hombres teñía de púrpura las flores, enrojecía las aguas vivas de los manantiales y esmaltaba las praderas con el rocío de sus coágulos; rubíes que sobre el lozano seno de la tierra esparcía su nuevo dueño, el Vencedor...

CAMPO de batalla antigua era campo sobre el cual la sangre de los hombres teñía de púrpura las flores, enrojecía las aguas vivas de los manantiales y esmaltaba las praderas con el rocío de sus coágulos; rubíes que sobre el lozano seno de la tierra esparcía su nuevo dueño, el Vencedor...

Así fué en los caducos tiempos de ayer, tan lejanos de hoy, en la breve distancia de una inmensa jornada de dolor, como lejano puede ser el primer día del primer hombre en los confines remotos de la Historia.

Así fué en los tiempos de Pavía, y en los de Solferino, y en los de Waterloo...

Pero ya no es así.

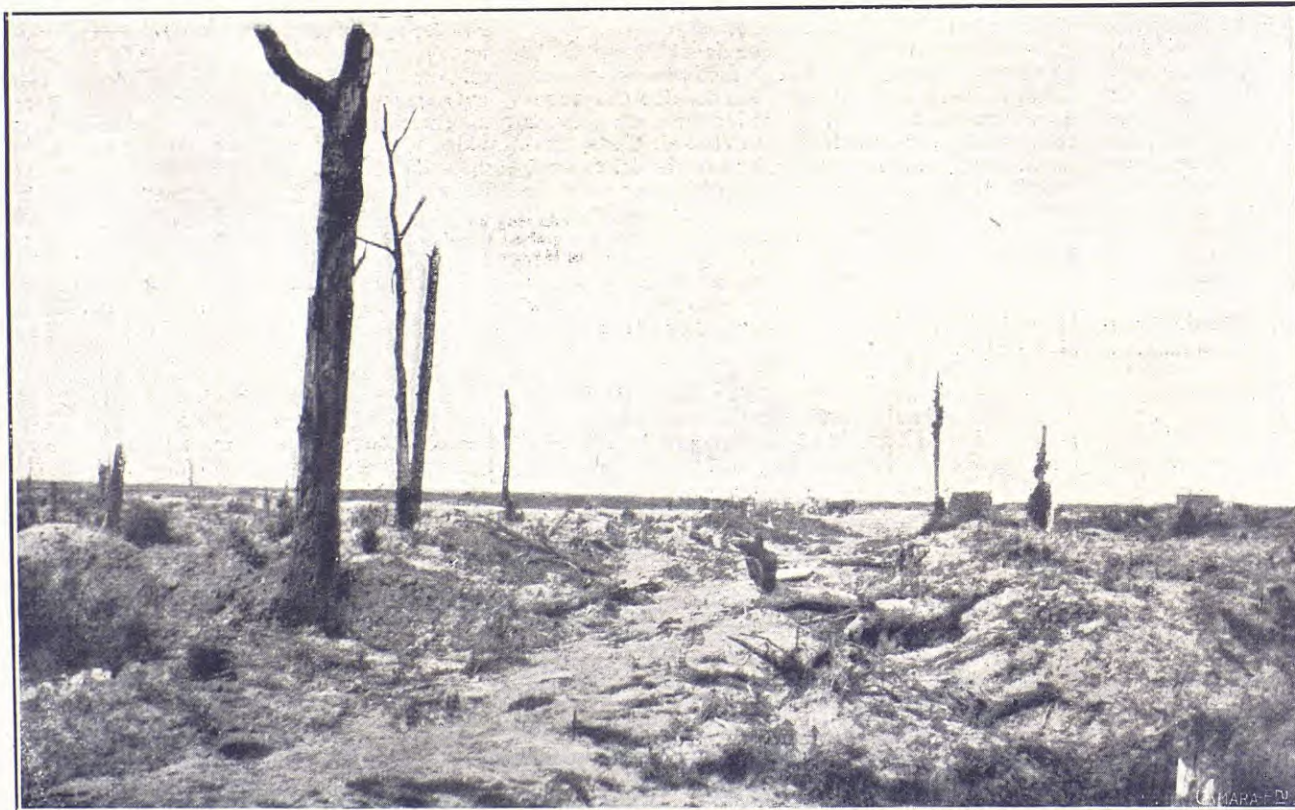
ooo

Campo de batalla moderna es un erial, roturado por la estéril cuchilla del obús; un erial sobre el que la sangre de los hombres, corrompida por nubes venenosas y abrasada por corrientes de fuego, es una ceniza más, sobre tierra atormentada con todos los suplicios...

Y el vencedor, en premio á su victoria, no alcanza sino el espectro de la tierra deseada; de la tierra mártir que el vencido asesina, en el último y desesperado abrazo de la imposible posesión.

ooo

Como una matrona violada por la horda y arrojada luego, con las entrañas abiertas, al brasero en que arden su hogar y sus hijos, así la tierra disputada fué de todos y no es ya de nadie... Fué de todos, como una cortesana, mas no es ya de nadie, como una donce-



El campo de batalla moderno es un erial, roturado por la estéril cuchilla del obús...

cil percibir huella de las tumbas, cubiertas por el manto vivo de los sembrados, y apenas si, aquí y allá, una ruina ennegrecida por lejano incendio y recortada por la formidable tijera de la metralla, nos dice del trágico recuerdo con dulce melancolía que va extinguiéndose al par que al correr del tiempo se hace más fuerte en el paisaje la voz de los gérmenes nuevos...

Y hay en las riberas del Soma un lugar célebre entre mil, allí donde la fama del heroísmo ungió cada pulgada del suelo; este lugar es sencillamente un huerto, *el huerto de las tres Marías*.

Sobre este huerto, situado en plena línea de fuego, cae de vez en cuando un obús. El obús estalla sobre un campo de coles ó sobre un cuadro de cebollas, y pulveriza unos cuantos centenares de plantas. Pero las tres Marías—abuela, hija y nieta—, que son las hortelanas, saben distinguir,



En las orillas del Soma, la explosión de un "420". En plena batalla, no veis ni un ejército, ni un hombre, ni el destello de un acero, ni el flamear de un estandarte. Sólo aparece ante vuestros ojos un páramo sobre el cual la sangre de los combatientes es una ceniza más sobre la tierra atormentada con todos los suplicios del fuego

por el tono del zumbido, el obús que pasa de largo del que viene á destino del huerto. Y antes de que se abata sobre ellas la zarpa de la metralla, la anciana, la mujer y la niña se refugian en el sótano de la que fué su granja y no es ya sino un montón de escombros calcinados. Luego, cuando la fiera ha rugido y ha descargado su furia de muerte, las tres Marías abandonan el subterráneo y aparecen de nuevo en el huerto, aplicadas á reparar los daños y á recoger en grandes cestos las patatas desenterradas ó los repollos arrancados por la mano de obra de Krupp. De este modo, cuando llegan de las trincheras inmediatas los *poilus* de servicio para el aviataillamiento, la provisión está lista y es más abundante que de ordinario, como de cosecha forzosa, y da un potaje más sazonado, como de fruto más fierno. Alguna vez ocurre que, en el huerto, uno de los soldados de la *corvée* cae muerto por una bala perdida ó por un casco de metralla venido Dios sabe de dónde. Entonces las tres Marías dan sepultura al hombre en un rincón del plantío, y cubren la tumba con esquejes de rosal, de



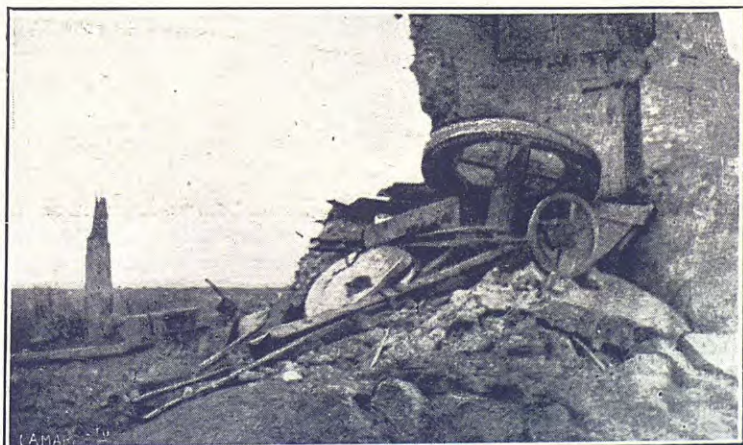
Después de la batalla. Hollada por hombres de todas la razas: ganada hoy por unos y mañana por otros, y vuelta á ganar y á perder metro á metro y palmo á palmo, ¿de quién es, en verdad, la tierra, sino de nuestra señora la Muerte?

geranio y de siempreviva. Hay ya varios rincones florecidos en el huerto de las tres Marías; pero ellas siguen, impasibles, su labor de heroísmo y de piedad. Son las enfermeras de la tierra mártir, y curan y restañan sus heridas arrojando sobre ellas el grano, con el gesto augusto, con el gesto inmortal del Sembrador...

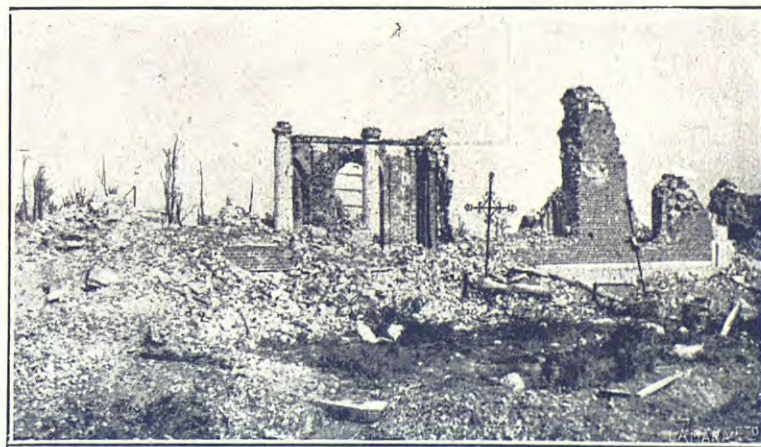
ooo
Más que por hombres, diríase batida la tierra por la lucha furiosa de los elementos. La ciencia y el arte que el odio entre humanos ha exaltado, es hoy ya más terrible, más devastador y fiero que todas las fuerzas de la Naturaleza desatadas sobre los campos y las ciudades.

La esteva que el hosco dios de la guerra dirige con su puño, peludo y musculoso, como una garrá de fiera, prosigue implacablemente trazando el inacabable surco, que ya no es roturación, sino ultraje estéril de la pobre tierra, pisoteada, removida, enlodazada, vuelta á reseca y á desmenuzarla, movida y trasladada en una agitación de dunas dominadas por el viento.

ANTONIO G. DE LINARES



Así el vencedor, en premio de su victoria, no alcanza sino el espectro de la tierra descaída: de la tierra mártir que el vencido asesina, en el último y desesperado abrazo de la imposible posesión...



La batalla del Soma. Del pueblo y de la iglesia de Denécourt subsisten, tan sólo, un montón de escombros y una cruz deplorablemente ultrajada, er guía sobre ellos

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

FLORES
DEL
CAMPO



BELISA

BIEN pudiera ser éste el clásico madrigal de las flores, donde la rubia Belisa fabrica guirnaldas...

¡Vedla! En sus delicados brazos infantiles sostiene el bien nutrido y oloroso ramo, que se desgrana y rebosa en lluvia de pétalos. Es la bienhechora lluvia de la PERFUMERÍA FLORALIA, engendradora de las sutiles creaciones «FLORES DEL CAMPO»; es la fecundante lluvia que originó el JABÓN, ese milagroso producto que lleva a las

mejillas femeninas la suavidad, finura y belleza de los pétalos de donde salió; es lluvia, en fin, que hace brotar la codiciada cosecha de seducciones.

Belisa acerca a sus hermanas las rosas la flor de sus labios rojos, entre los cuales se asoman indiscretos los nácares de sus dientes blanquísimos, cuidados, impecables; la tentación de su boca perfumada y fresca, gracias al admirable dentífrico OXENTHOL, origen de su triunfo.

El sol cae á plomo sobre su dorada cabecita, acariciando la transparencia de su vestido; pero Belisa no se inmuta por ello; la PERFUMERÍA FLORALIA, previsora y amable, ha lanzado su última palabra con el higiénico SUDORAL, que transforma el sudor molesto, purificándolo y desodorándolo.

Y Belisa, rubio clavel, lo posee.